

## COLISIONES ENTRE INGLATERRA Y HOLANDA

Pronto se manifestó la rivalidad comercial entre las Compañías Inglesa y Holandesa de la India Oriental, y como consecuencia, el choque entre los dos países. Para remediar los daños que se pudieran originar de este estado de cosas, Inglaterra y Holanda celebraron un convenio, mediante el cual, las dos naciones debían regular el comercio de sus respectivas compañías. Pero á una distancia tan considerable y careciendo Inglaterra y Holanda de medios eficaces y propios de inspección, lo estipulado tenía que ser, desde el primer momento, letra muerta. En 1624 llegó la noticia de la sangrienta matanza de Amboyna, sobre cuyo hecho las Compañías rivales dieron á sus respectivos gobiernos las noticias y pormenores más opuestos, hasta el punto que ni entonces ni después se han podido disipar las nieblas con que la pasión y el encono envolvieron el suceso. En aquella época y posteriormente, el recuerdo del hecho excitó odios y recíprocas venganzas, provocados unos y otras, no sólo por agravios supuestos ó verdaderos, sino por la situación desairada y falsa en que vino á quedar Holanda por efecto de su alianza con los Estuardos.

La teoría mercantil de Holanda, cuya base era el más rígido monopolio, con el objeto de asegurar á

sus comerciantes la posesión absoluta de los mercados, se hallaba expuesta en todas partes á producir celos, envidias y querellas. La obra de los Holandeses resultó tan injusta, como la famosa demarcación del papa Borgia. Aunque era justo y equitativo que todas las naciones civilizadas tuviesen los mismos derechos para hacer aquel comercio, los Holandeses querían ser los únicos, pretendiendo siempre y logrando á veces reducir la producción de los artículos monopolizados conforme á sus medios de transporte, con lo cual conseguían mayor y más segura ganancia. Los artículos que del Oriente solicitaban los europeos eran las especias: la pimienta, el cinamomo, la nuez moscada, la mostaza y el clavo. En la pobre cocina de aquellos tiempos las mencionadas especias eran necesarias é indispensables para sazonar y condimentar todas las comidas. De aquí la generalidad de su consumo, y por tanto, el negocio y aun la codicia de los Holandeses. Los Ingleses, únicos rivales que tenía Holanda en los mares de Oriente desde que comenzó la ruina del comercio portugués, se propusieron no consentir el monopolio y lo comenzaron á lograr desde la primera mitad de la centuria XVII en el mercado de Inglaterra por medio de la Compañía de la India Oriental. El tratado de 1619 determinó estas tendencias.

La actitud de los Holandeses, con respecto al Parlamento y con Cromwell y su ejército, fueron muy irritantes. Los dos hijos del rey de Inglaterra, Carlos y Jacobo, se habían refugiado en Holanda, donde Enriqueta, á pretexto de atender á su hija, procuraba reunir elementos en favor de su marido <sup>1</sup>. Carlos,

<sup>1</sup> Enriqueta, hermana de Luis XIII de Francia, casó con Carlos, primogénito de Jacobo I de Inglaterra.

que se hallaba en la Haya, sostenido por su hermano político, inducía á los Estados, para que, desmintiendo su gloriosa historia, auxiliasen á los Estuardos y colaborasen á la ruina de las libertades de Inglaterra. Las intrigas de Carlos no dieron resultado alguno, y los Estados obraron correctamente. Más tarde, cuando el ejército juzgó y condenó á muerte á Carlos I, mediaron los Estados; pero las gestiones de los enviados de Holanda fueron ineficaces ante la actitud pasiva de Europa. Cromwell, que supo apreciar el alcance que tenía el desvío de las naciones, y el interés egoísta de los Holandeses, se negó á ceder y la sentencia se cumplió. Los monarcas de Europa, no sólo no rompieron con el usurpador, sino que le halagaron. En cuanto á los Estados de Holanda, tampoco hicieron nada. Entre las testas coronadas, la única que manifestó sus simpatías por el joven Carlos, fué la reina Cristina de Suecia.

Si la mediación de Holanda en favor de la familia real causó enojo al Parlamento inglés, fué mayor todavía su disgusto cuando tuvo noticia del asesinato de Isaac Dorislaio. Era hijo de un clérigo holandés, y en consideración á su saber, mereció ser nombrado profesor de la Universidad de Cambridge. Pertenecía al partido de los parlamentarios y figuró entre los que condenaron á Carlos I; sin tener en cuenta estos antecedentes, el gobierno inglés cometió la imprudencia de enviarle, con una misión extraordinaria, cerca de los Estados, para negociar, si era posible, un tratado de alianza con los Holandeses. Al día siguiente de su llegada, fué asesinado en la Haya por algunos realistas emigrados, de los muchos que había en Holanda, protegidos del estatúder y de los orangistas. Merced al apoyo de esta facción, los ase-

sinos no fueron descubiertos. El agravio inferido á la ley de las naciones por la realización de aquel crimen, constituía una ofensa más grave en el siglo XVII que la sentencia y muerte del rey Carlos <sup>1</sup>.

El estatúder se propuso, del mismo modo que antes Mauricio, alzarse con la autoridad suprema del gobierno. Para la consecución de su intento, determinó fomentar disensiones entre los Estados de Holanda y los otros seis restantes, ofreciéndosele ocasión propicia, con el acuerdo del primero de aquéllos, que pidió la reducción del ejército y la rebaja de los sueldos de los funcionarios públicos. Si los demás Estados seguían el camino emprendido, los ingresos de Guillermo se cercenaban, lo cual le disgustó sobre manera; además, su mujer, heredera del carácter de su padre, le incitaba á no inclinarse á temperamentos de templanza. Guillermo mandó prender á los representantes de los Estados Generales, porque entendía que eran hostiles á su proyecto, y después quiso por sorpresa ocupar á Amsterdam; pero conocido á tiempo su propósito, los ciudadanos le hicie-

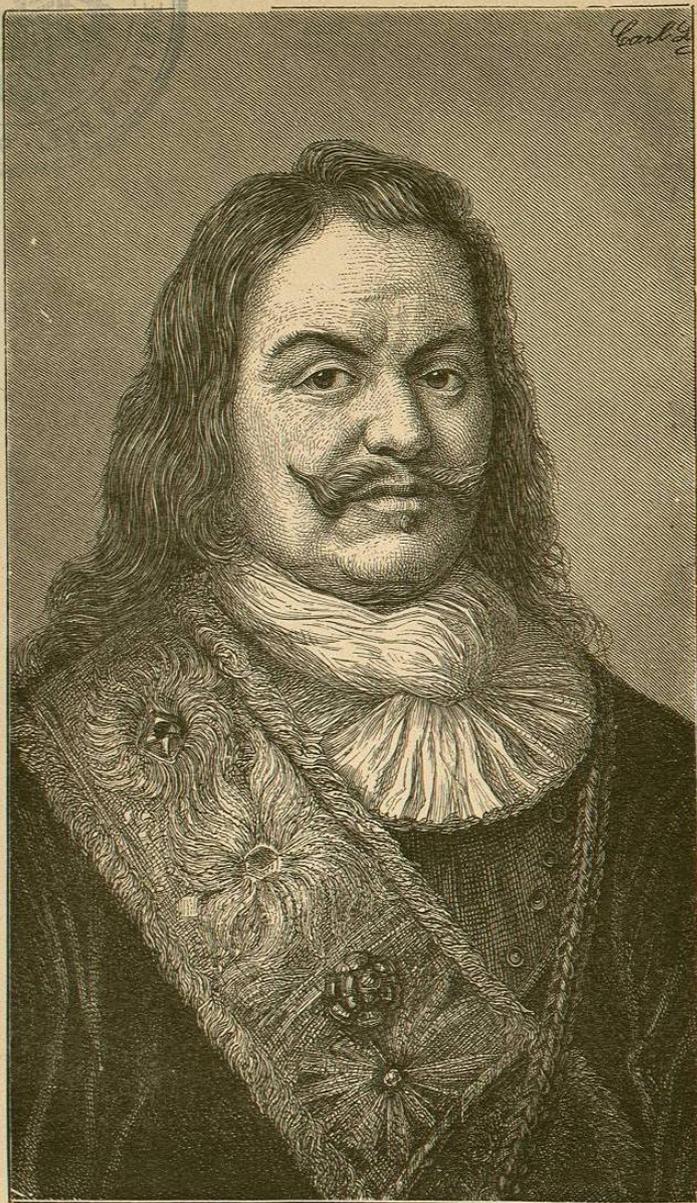
<sup>1</sup> «En 3 de Mayo de 1649, el doctor Isaac Dorislaio, natural de Holanda, pero connaturalizado en Inglaterra, y que fué uno de los juriconsultos que redactaron la acusación fiscal contra Carlos I, llegó á la Haya, enviado por el Parlamento en clase de agregado á Walter Strickland, ministro residente de la República cerca de las Provincias Unidas. Estaba tranquilamente comiendo el mismo día de su llegada, con otras varias personas, en la posada del *Cisne*, cuando se presentaron seis enmascarados, de los cuales dos se quedaron á guardar la puerta de la calle, y los restantes, después de apagar la luz del portal, penetraron en el comedor diciendo á todos los individuos que allí había, que no tuviesen temor de ninguna especie, pues sólo se dirigían contra el cómplice de los asesinos del rey. Así diciendo, arrebataron de la mesa á Dorislaio, le mataron á estocadas, y envainando con serenidad la espada, fueron á reunirse con sus compañeros, y se marcharon de la ciudad sin que nadie hubiera tenido tiempo ó voluntad de prenderlos». Guizot, *Historia de la República de Inglaterra y de Cromwell*, págs. 125 y 126. Madrid, 1858.

ron desistir amenazándole con romper los diques. Por fortuna, murió á la edad de 24 años, en 1650, con satisfacción de los que no se hallaban afiliados á su partido, los cuales dieron gracias al Todopoderoso. Pocos días después, su viuda dió á luz un hijo, que ocupó más tarde el trono de Inglaterra con el nombre de Guillermo III.

Como durante aquella crisis no había ningún representante de Guillermo el *Taciturno* que pudiese tomar las riendas del gobierno, la república holandesa quedó bajo la dirección de los Estados Generales. Los primeros cuidados á que hubieron de atender, son: reorganizar la administración civil y militar, anular los actos ilegales y arbitrarios del último estatúder, y rehabilitar á las muchas personas destituidas y encarceladas.

Apenas se estableció la Constitución, como si ésta tuviese necesidad de un bautismo de sangre, surgió con el Parlamento inglés la guerra más desastrosa y cruel que se hizo jamás entre dos pueblos cultos. El motivo fué, los agravios inferidos á los enviados de Inglaterra por los realistas residentes en Holanda, ayudados por los parciales de la casa de Orange y del gobierno mismo. El hecho realizado en la Haya quedó vengado por el Acta de Navegación, que causó tantos perjuicios á la marina holandesa, á la sazón proveedora de los mercados europeos <sup>1</sup>. Los Estados

<sup>1</sup> Whitelocke propuso, en 5 de Agosto de 1651, al Parlamento inglés el famoso *bill* conocido con el nombre de *Acta de Navegación*, «por medio del cual se prohibía á todos los buques extranjeros importar á Inglaterra ningún género que no fuera producto de su suelo ó industria de su propio país. Este era el golpe más rudo que podía darse á Holanda, cuya prosperidad consistía principalmente en el comercio de transporte. El *bill* fué aprobado y puesto en ejecución antes de terminarse el año». Guizot, *Hist. de la República de Inglaterra y de Cromwell*, p. 158.



MIGUEL DE RUYTER, ALMIRANTE HOLANÉS  
(Según un retrato de J. Lievens.)

Generales habrían podido evitar la guerra y sus horrores sangrientos, y aun hacer alianza con los Ingleses, si hubiesen acertado á darse cuenta de las verdaderas disposiciones de los emigrados, y en particular, de la familia real destronada. Es de advertir, que la sola idea de hacer pactos, de cualquier índole que fuesen, con el Parlamento inglés, repugnaba á los parciales de Orange. No satisfechos con insultar á los embajadores de Inglaterra, su conducta imprudente se atrajo el odio hasta de los mismos Holandeses que no militaban en aquel partido.

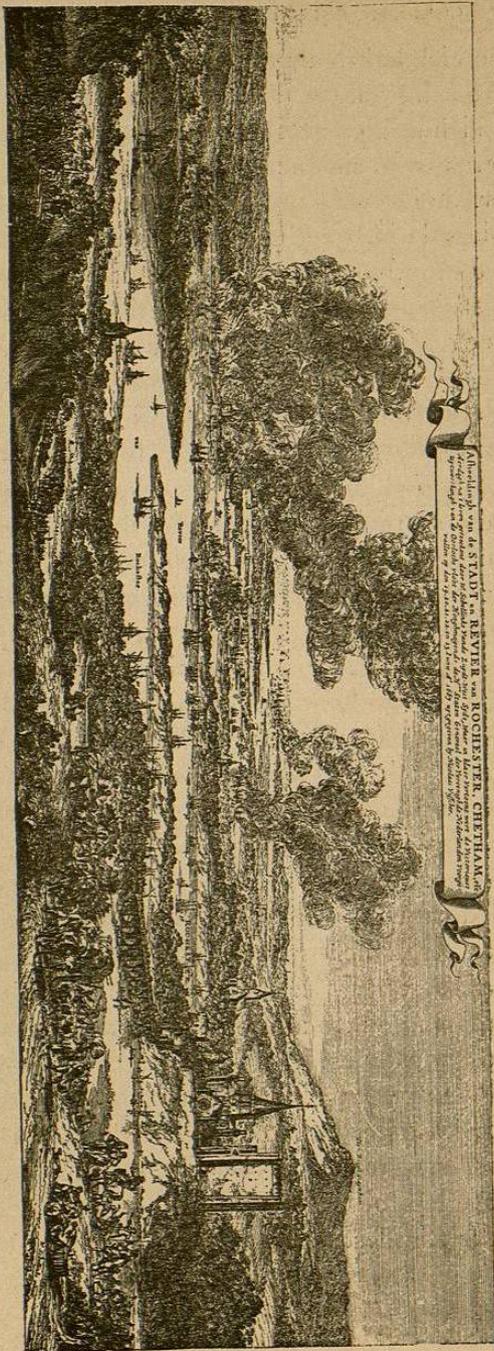
Sin embargo, la guerra con Holanda, á la cual fué arrastrado el dictador Cromwell, á pesar de la serenidad de su juicio, por Vane y Saint John, fué una vergüenza para el Parlamento inglés. Es difícil puntualizar cómo tuvo principio la guerra, aunque parece que partió de los Ingleses el primer golpe. La lucha se inició y se mantuvo siempre en el mar. Los almirantes holandeses fueron: Trom, decidido partidario de los Oranges, y De Ruyter; los Ingleses tuvieron á Blake y á Monk. Las flotas de ambos países combatieron con éxito vario; pero las inglesas tuvieron algunas ventajas. Como el comercio de Holanda era más extenso y su territorio más reducido, las pérdidas de aquella nación resultaron de mayor importancia. Se ha dicho y repetido con razón, que la guerra de dos años con Inglaterra, causó más daños y perjuicios á los Holandeses que todas las sostenidas con los Españoles. Después de largas negociaciones, se firmó la paz en 1654, en términos ofensivos al partido de Orange, pues Cromwell obligó á De Witt á no consentir jamás que el joven príncipe obtuviese el estatuderato.

Los Holandeses, al proteger á Carlos Estuardo y

á los emigrados ingleses, habian amparado, arrojando los mayores peligros, á muchos personajes desagradecidos. El mismo Carlos, casi puede asegurarse sin temor de ser desmentido, fué el monarca inglés más insensible, egoísta é inmoral<sup>1</sup>. Su restauración se recibió con sincero entusiasmo, siendo honrado y tratado espléndidamente al volver desde Bruselas á Breda. De Witt, que habia sido, según sus mismas palabras, el instrumento involuntario de su destierro á Bruselas, le confirmó la devoción de Holanda, y le manifestó su particular contento al verle restaurado en el trono de sus mayores; Carlos, á su vez, dijo, que por muchas razones profesaba verdadero afecto á los Estados Generales, y que Holanda sería para él la nación más querida de Europa. Ofreció mantener incólume la paz entre Holanda é Inglaterra, y que ninguno de sus predecesores le igualaría en su amor á la república.

Carlos recomendó á los de Holanda los intereses de su hermana y sobrino, obteniendo de aquéllos la promesa de atender pródigamente á los alimentos y educación de Guillermo. Más aún: revocaron el acuerdo mediante el cual lo excluían del oficio de estatúder, y resueltos á complacer á Carlos, dijeron, que su conducta pasada fué debida á las exigencias del usurpador Cromwell: puesto que la República inglesa no existía, lo hecho por ella era nulo y sin ningún valor, cesando el efecto juntamente con la causa productora. Tales concesiones, oportunas entonces, se justificaron luego por los grandes servicios pres-

<sup>1</sup> « En justicia se dirá, escribe Macaulay, que su carácter era bueno, afables sus maneras y su inteligencia no común; en cambio, era sensual, frívolo, falso y áspero, más que lo fué nunca ningún príncipe de cuantos hace mención la historia ». *Estudios políticos*, p. 25. Traducción española por M. Juderías Bénder. Madrid, 1879.



LA EXPEDICIÓN DEL ALMIRANTE DE RUYTER CON LA ESCUADRA HOLANDESA EN EL TÁMESIS, EN EL MES DE JUNIO DE 1667.  
(Á la izquierda se ve el incendio del castillo de Upror).

tados por Guillermo á su patria; pero al pronto, debieron hacer creer al nuevo monarca que Holanda se obligaba y sometía en todo á su voluntad y capricho. Sin embargo, no era así, y sólo se prometían con la restauración del príncipe, á quien protegieron en la desgracia, con tanto riesgo y daño de ellos mismos, cicatrizar antiguas heridas y remediar los males sufridos.

Pero Carlos era falaz y egoísta. Si abandonó á sus compatriotas que se arruinaron por servirle, menos se hallaba dispuesto á recompensar á los que por igual motivo y no siendo Ingleses, habían sufrido por su causa. Le faltaba la memoria para mostrarse agradecido; la tenía sobrada para recordar los agravios. Olvidó los beneficios que le hicieron en Holanda; pero siempre tuvo presente las críticas, más ó menos francas, y aun censuras, que sus costumbres livianas merecieron á los virtuosos Holandeses. Lo mismo le sucedió con los escoceses, quienes le trataron con decoro mientras estuvo con ellos, y cuando él ciñó la corona, les persiguió y dió tormento á los hijos de los mismos que murieron por su causa en Dunbar y Worcester. No todos los Holandeses se mostraron entusiastas y devotos de Carlos, pues hubo alguno en los Estados Generales, que al votarse los subsidios para satisfacer los gastos reales, dijo, que este dinero debía emplearse mejor en cañones y pólvora. Los acontecimientos vinieron á demostrar pronto la verdad de aquellas palabras.

Algunos meses después de la restauración, murió María, viuda de Guillermo y hermana de Carlos de Inglaterra, dejando á éste por tutor del príncipe holandés, á la sazón de diez años. Alarmaronse los Estados, creyendo que el monarca inglés, en cumpli-

miento de la cláusula testamentaria, reclamaria al joven Guillermo para educarlo en su corte. Nunca pensó Carlos en asumir tal responsabilidad, y si no apoyó con solicitud los derechos de su sobrino, en cambio le hizo el señalado favor de no dirigir su educación; pues, de lo contrario, el príncipe de Orange hubiese sido un hombre inútil para el ejercicio de todo poder público y privado. Sólo en una cosa siguió Carlos la política de Cromwell, cuya memoria maldecía: recordó todos los motivos que tenía contra la República holandesa, desde los sucesos de Amboyna hasta los últimos acontecimientos, y en su vista, insistió en favor de los comerciantes ingleses con el objeto de que participasen del monopolio de los Holandeses.

Cuando casó con Catalina de Braganza, pidió y obtuvo de los Holandeses, que abandonasen las factorías establecidas en los dominios verdaderos ó supuestos del rey de Portugal, notificando á aquéllos que haría suya la causa del portugués. Los Holandeses, que siempre habían creído poder conservar las posesiones de su Compañía de la India Oriental, se afectaron profundamente; y más todavía, cuando se les obligó á hacer la paz con Portugal, vendiendo lo que tenían en el Brasil, y comprando, á su vez, la licencia para comerciar en las posesiones lusitanas de las Indias.

No se interrumpieron, sin embargo, las relaciones entre Holanda é Inglaterra. Tan complacientes se mostraron los Holandeses, que, faltando á las leyes de la hospitalidad, entregaron al rey tres individuos refugiados en Amsterdam, los cuales habían tomado parte directa en la sentencia del último soberano. Carlos debió sentir desprecio hacia aquellos que le

servían de un modo tan indigno. Los Holandeses, mediante tales merecimientos, se aliaron con Inglaterra, celebrando un tratado de paz y sincera amistad entre ambos pueblos. Como si todo esto fuera poco, tuvieron que salir fiadores cerca del rey de Francia de la venta de Dunkerque, plaza conquistada por Cromwell, y que Carlos, á disgusto de su pueblo, cedió al francés, mediante una cantidad de dinero, que luego gastó pródigamente <sup>1</sup>. Tantos favores fueron pagados por el rey de Inglaterra, cediendo á los Holandeses la tutela y educación del príncipe de Orange. Si él ó su pueblo hubiesen penetrado el porvenir, aunque odiaban á Holanda por envidia, se habrían complacido en la enseñanza de quien estaba predestinado á regir también los destinos de Inglaterra.

<sup>1</sup> Carlos II vendió á Luis XIV la plaza de Dunkerque en la cantidad de 400 libras esterlinas.

## XXVIII

## ADMINISTRACIÓN DE JUAN DE WITT

Desde 1650 hasta 1672 Juan de Witt dirigió los negocios de Holanda. El hábil y perfecto estadista, autor de «El interés de Holanda», cuyo libro es un índice completo de la situación política y comercial de la República, era hijo de Jacobo de Witt, miembro de los Estados Generales del país, y que reducido á prisión el último año del estatuderato de Guillermo II, debió su libertad á la promesa de renunciar su oficio. Tal agravio sublevó el alma de Juan de Witt, quien determinó desde entonces oponerse á las pretensiones del joven príncipe y futuro estatúder.

Era empresa fácil reducir el partido de Orange. De Witt quiso en varias ocasiones evitar las diferencias y las guerras que fueron tan desastrosas para Holanda durante el gobierno republicano de Inglaterra. Él fué quien negoció el tratado de 1654, por el cual se excluía al príncipe de Orange del cargo de estatúder y se expulsaba á los Estuardos del territorio holandés. No tuvieron poca influencia en estos hechos, las frases con que su padre Jacobo de Witt le decía como saludo todas las mañanas: «Acuérdate de la cárcel de Loewenstein». No olvidaba el anciano las persecuciones que había sufrido de Guillermo. Acabada la guerra, aunque De Witt sólo contaba veintiocho